



“Ni a la derecha, que por lograr una arquitectura política se olvida del hambre de las masas; ni con la izquierda, que por redimir las masas las desvía de su destino nacional. Queremos recobrar, inseparable, una unidad nacional de destino y una injusticia social profunda. Y como para lograrlo tropezamos con resistencias, somos resueltamente revolucionarios para destruirlas...”

Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera

nº 358 (2ª Época). Julio 2022

1. **Ortega en la muerte de José Antonio.** José María García de Tuñón Aza
2. **Barra libre.** Manuel Parra Celaya
3. **El Doncel de Sigüenza y Jano, dos falangistas.** Carlos León Roch
4. **Samuel Ros Pardo, entre el clavel y el crisantemo.** Vicente J. Mengó Lloret
5. **Juan Ramón Masoliver, el aventurero ermitaño.** Armando Pego Puigbó
6. **“Hunos y hotros”.** Andrés Trapiello
7. **Justina Rodríguez de Viguri, la primera mujer falangista.** Juan Manuel Cepeda
8. **Biografía no autorizada del PNV (Fernando Vaquero Oroquieta).** José Luis Orella
9. **Vecinos de sangre.** Pedro Corral
10. **Soto inmortal.** Luys Santa Marina

No es la primera vez que leo la siguiente frase, atribuida a Ortega y Gasset:

«Ser de la izquierda es como ser de la derecha, una de las infinitas maneras que el hombre puede elegir para ser un imbécil: ambas, en efecto, son formas de la hemiplejía moral».

Estas palabras, me hicieron recordar siempre lo que escribió el fundador de Falange en el periódico *ARRIBA* el 9 de enero de 1936 cuando se refería a que los monárquicos eran los más interesados en que la unión de derechas se rehiciese, porque saben que si no lo hicieran, el cuerpo electoral conservador se iría tras el señor Gil Robles, que les ofrecía un programa más cercano y más tranquilo.

Y también añadía José Antonio:

«¿Sabrá el señor Gil Robles resistirse a las zalemas de los unionistas y evitar al mismo tiempo el caer en alianza con elementos averiados? Aquí está el toque, en primer término. Y en segundo término, en evitar que la alineación de quienes se coaliguen contra el marxismo y el separatismo se haga bajo un signo derechista en vez de hacerse bajo un signo nacional».



Y el fundador de Falange terminaba estas líneas con palabras que daban un sentido muy parecido a las escritas por el filósofo:

«El ser derechista como el ser izquierdista, supone siempre expulsar del alma la mitad de lo que hay que sentir».

Tras años, ausente de su Patria, Ortega regresa de Argentina en febrero de 1942 en el *Cabo de Hornos*, que hace escala en Lisboa, y en donde se queda hasta que en el verano de 1945 el filósofo cruza la frontera portuguesa y se instala en Zumaya.

Pocos días después, el diario *ARRIBA* publicaba un artículo que, entre otras cosas, decía:

«Con intimidad casi familiar para los que hacemos este periódico... la obra y la vida de Ortega está ligada a la nuestra por una serie de causas. José Antonio Primo de Rivera amaba la obra de Ortega; por amarla, alguna vez la combatió y alguna otra se produjo el divorcio entre las dos inteligencias sumamente viriles. En el número 12 de la revista Haz, 5 de diciembre de 1935, Primo de Rivera publicó un artículo, titulado "Homenaje y reproche a D. José Ortega y Gasset"».

José Antonio le reprochaba que se retirara de su actividad parlamentaria y terminaba su reproche con estas palabras:

« Una generación que casi despertó a la inquietud española bajo el signo de Ortega y Gasset se ha impuesto a sí misma, también trágicamente, la misión de vertebrar a España. Muchos de los que se alistaron hubiesen preferido seguir, sin prisas ni arrebatos, la vocación intelectual... Nuestro tiempo no da cuartel. Nos ha correspondido un destino de guerra en el que hay que dejarse sin regateo la piel y las entrañas. Por fidelidad a nuestro destino andamos de lugar en lugar soportando el rubor de las exhibiciones; teniendo que proferir a gritos lo que laboramos en la más silenciosa austeridad; padeciendo la deformidad de los que no nos entienden y de los que no nos quieren entender; derrengándonos en ese absurdo simulacro consuetudinario de conquistar la "opinión pública", como si el pueblo, que es capaz de amor y de cólera, pudiera ser colectivamente sujeto de opinión... ; todo eso es amargo y difícil, pero no será inútil. Y en esta fecha de plata para don José Ortega y Gasset se le puede ofrecer el regalo de un vaticinio: antes de que se extinga su vida, que todos deseamos larga, y que por ser suya y larga tiene que ser fecunda, llegará un día en que al paso triunfal de esta generación, de la que fue lejano maestro, tenga que exclamar complacido: "¡Esto sí es!"»

Con Ortega nos encontramos, casi con seguridad, ante el hombre que más influencia ha tenido sobre el fundador de Falange. Recordemos, por ejemplo, lo que nos dejó escrito el filósofo [Gustavo Bueno](#) en un artículo titulado *La Idea de España en Ortega*, donde nos dice, lo que contestó el jonsista [Juan Aparicio](#) cuando le preguntaron si había asistido al mitin que el día anterior había dado José Antonio:

«No me interesa oír a Ortega en mangas de camisa...».

Por otro lado, es bastante lo que sobre esa influencia han escrito muchos falangistas, lo mismo que otras personas que nada tuvieron que ver con Falange. Escribía, por ejemplo, a la muerte de Ortega y Gasset, el periodista [José Antonio Cepeda](#) en el diario ovetense *La Nueva España* :

«Los que para llegar a ser falangistas nos dimos primero al estudio de la doctrina legada por Ganivet, Unamuno, Maeztu, Pradera y José Antonio, tuvimos también por fuerza que aceptar, casi por entero, el magisterio de Ortega y Gasset. No nos quedaba otro remedio. La lección de Ortega es como un vivo y fresco manantial en nuestra mente».

Asimismo, recordemos a nuestro querido y recordado amigo, Jaime Suárez, cuando en el año 1949, dirigía la revista *La Hora*, revista de los estudiantes españoles (SEU), escribió una carta dirigida a Ortega en la que le decía:

«José Antonio nos enseñó a tenerle a usted devoción. Todos los que hoy tenemos menos de veinticinco años, es decir, los universitarios, empezamos a conocerle a través de la palabra de José Antonio y después le hemos leído a usted».

Al mismo tiempo le pedía una colaboración para la revista. Ortega le contestó y le envió la conferencia que había dado en Berlín a los universitarios. Lo único que pedía para su publicación es que le enviaran las pruebas para que las corrigiera Julián Marías, *«que es un gran corrector»*, decía Ortega.

Y Miguel Ortega, hijo primogénito del filósofo, escribió:

«Sabía yo la admiración que José Antonio profesaba a mi padre y leí algunos de sus artículos y discursos en los que ya entonces advertí ideas y aun frases que correspondían inexcusablemente al pensamiento de mi padre, vertido en España invertibrada y en otras obras. Leí también su Homenaje y reproche a José Ortega y Gasset. Fue José Antonio un gran lector de la obra de mi padre y algo más: un joven intelectual de corte orteguiano».

El filósofo, desde París, siguió las vicisitudes sufridas por José Antonio en Alicante, hasta su trágico final. Incluso también creyó que podía haber sido salvado.

La movida mediática y partidista organizada sobre la imputación de la señora Mónica Oltra por tapar, presuntamente, las actividades de su exmarido con una menor acogida a un centro de la Generalidad valenciana me ha llevado a darle vueltas a otros temas que acaso no guardan relación con el hecho mencionado, pero sí lo rozan tangencialmente por lo menos; relacionando ideas, he echado mano de mis biblioteca y hemeroteca particulares para entresacar algunos datos históricos relativos a un posible “nuevo derecho”, llamado eufemísticamente “intimidad intergeneracional”, vulgo pederastia. Todo ello, por supuesto, sin tratar de vincular a la vicepresidenta valenciana, dimitida o cesada, con estas cuestiones que me han venido a la mente acaso de un modo caprichoso.

El asunto de ese “nuevo derecho” viene de bastante lejos, concretamente -que yo sepa- desde los epílogos del mayo del 68; así lo decía un artículo de El Mundo (26-II-01): “Algunos intelectuales del 68 abogaron por despenalizar las relaciones con menores”; no se trataba, pues, de camuflar los abusos en el seno de la Iglesia (pues, curiosamente, parece que solo afectan al clero católico y a ninguna otra confesión, profesión o marco social); un manifiesto que recogía esta petición estaba firmado, entre otros, por Jean-Paul Sartre, Michel Foucault, Jacques Derrida, Louis Aragon, Simone de Beauvoir..., según recoge Joaquín Albaicín (“De Viena al Vaticano”.2013).

Me entero también de que, transcurrido el tiempo, la organización “Nort American Man-Boy Love Association”, integrada en la Asociación Internacional de Lesbianas, Gays, Bisexuales, Transexuales e Intersexuales”, consiguió que esta última entidad propusiera “ejercer presión en los gobiernos para abolir la edad de consentimiento legal” y apoyara públicamente “el derecho de las personas jóvenes a una autodeterminación sexual y social” (J. Arsuara: Proyecto Sánchez. 2021).

Nos puede parecer -a mí, por lo menos, me lo parece- una aberración, pero ni es la única ni descarto que, con los años, se incluyeran propuestas similares como un “derecho de nueva generación”, mediante los procedimientos que se han empleado en otros casos, tales como el aborto o la eutanasia, por no poner más ejemplos.

La estrategia es bien conocida: un sector ideológico, generalmente autodefinido como “progresista”, lanza la idea a los cuatro vientos, convenientemente arropada con supuestos estudios científicas; empieza entonces una intensa campaña mediática a través de prensa, escrita, televisión, radio y redes sociales afines. Ante un presumible

escándalo y rechazo de una parte de la población o de algunas instituciones, se echa mano de las “palabras-policía” que denigran o paralizan al oponente: “conservadores”, “ultraconservadores”, “reaccionarios”, “ultraderechistas”, “heteropatriarcales”, “fascistas” ...; y se inventa un neologismo que termina irremediabilmente con el sufijo “fobia”.

Se plasma la propuesta en un proyecto legislativo; con un poco de suerte, llega al ámbito parlamentario; allí votan a favor todos aquellos que se acogen a la mencionada autodefinición de progresistas, y votan en contra o se abstienen (más seguro es lo segundo, por miedo a que se les apliquen las temidas palabras-policía) los sectores de la oposición.

A todo esto, la campaña mediática va in crescendo; se ruedan y publicitan dos o tres películas (subvencionadas, claro), donde se esgrimen casos llenos de sentimiento y de ternura, con el fin de ganar las lágrimas y la opinión favorable del público asistente. Por lógica, el proyecto es elevado a rango de Ley, y ya se cuidarán mucho sucesivos gobiernos de tocar una sola coma del redactado, a riesgo de caer en un anatema social.

¿Fantasía? ¿Una distopía que me he fabricado en un momento de enajenación mental? Puede ser. Ojalá sea así, me equivoque de plano y todo quede reducido a actuaciones privadas, como la del exmarido citado, con penalización adecuada a las leyes; deseo de todo corazón que no se utilice, una vez más, esta estrategia para relanzar las propuestas de aquellos intelectuales del 68. Como ha ocurrido en otras cuestiones, más o menos relacionadas.

Lo cierto es que la barra libre se abrió hace muchos años, en lo político, en lo moral y en todo. Si esgrimimos argumentos de la Verdad (con mayúscula) o de las categorías permanentes de razón, nos responderán seguramente como Habermas



en su diálogo de sordos con el cardenal Ratzinger: “Parto de la base de que la Constitución del Estado Liberal tiene la suficiente capacidad para defender su necesidad de legitimación de forma autosuficiente, es decir, recurriendo a existencias cognitivas de un conjunto de argumentos independientes de la tradición religiosa y metafísica”.

En román paladino, nada de pensamiento prepolítico, nada de esgrimir razones morales, antropológicas y verdades trascendentes, nada de una ética preconcebida; nada que se oponga a la voluntad general expresada en las urnas mediante la elección de unos representantes... Eso sí, previamente acompañada del bombardeo mediático que conforme una opinión publicada, dentro de una estrategia general para que el progresismo imponga nuevos dogmas.

Confiemos en que, en este presunto caso, no se repita la jugada de otras veces

3

El Doncel de Siüenza y Jano; dos falangistas

Carlos León Roch

En las referencias históricas y los arquetipos tradicionales , generaciones de falangistas nos hemos inspirado en modelos, imaginarios o reales que han acompasado – o exaltado- nuestro comportamiento. Modelos que, muchas veces, nos han llevado a mundos utópicos, irreales...

Porque "el doncel", que ya tenía 25 años cuando murió a finales del siglo XV, en la toma de Granada, es representado, en su maravilloso sepulcro, como plácidamente dormido, con vestimenta militar y con un libro entre sus manos. Su actitud "*mitad monje; mitad soldado*" ha inspirado muchos comportamientos y virtudes ejemplares entre nosotros, los falangistas.



Otro arquetipo falangista, menos conocido y menos esgrimido es el dios Jano, ese dios mitológico, rey de Roma, al ser expulsado del paraíso por Zeus, junto a Saturno...Y, como compensación, le dio el don de poder ver el pasado y el futuro...

Y es que "el ideal" del falangista es el que mantiene y recita el "*nada de un párrafo de gracias...*", y el que reclama una política de síntesis, la que mira con el ojo derecho y el ojo izquierdo.

En la política de las "camisas", de los crespones, de las antorchas se entremezclan nuestros grandes valores patrióticos, espirituales, eternos, que contemplamos desde 1933 con nuestro ojo derecho, tantas veces empañado por

lágrimas. Y hubo decenios en que “el estilo”, la” ética” y aquellos grandes valores prevalecieron entre nosotros . Sí, la cara derecha del dios Jano.

Pero, afortunadamente, Jano tiene también el perfil izquierdo, el de la política social; el de la política económica. Esa política nos la insinuaban a los niños de los años sesenta aquellos libros del bachillerato, “Política Económica”;”política Social”, de la pluma de Velarde Fuertes y otros.

Después, Manuel Cantarero del Castillo ,con su “síntesis, frente a la tesis y antítesis”, y su valoración objetiva del socialismo. Y Manuel Funes Robert, nuestro ” Keynes”, alternando argumentos con-otra vez- Juan Verlarde, nuestro”Hayek”...Y, ya ahora, J.M. Cansino y otros...

Muchos de nosotros, los falangistas, seguimos emocionados al contemplar la ejemplaridad del ”Doncel”, Y nos esforzamos en mirar con los dos ojos; en mostrar las dos caras. Como Jano

4

Samuel Ros Pardo, ente el clavel y el crisantemo

Vicente Javier Mengó Lloret

(Publicado originalmente en 2020 en La Nueva Razón)

Fue “autor de cuentos de un raro hechizo” (Mourlane, 1941). Novelista admirado por Cela. Dramaturgo elogiado por Azorín. Periodista brillante. Vida malograda por su temprana muerte. Misterioso escritor sin género, él fue su propio género y su vida, trasladada a sus relatos por medio del artificio estilístico, el principal argumento (Prats, 2005). Doctor en Derecho que nunca ejerció. Tertuliano del café Pombo. Amigo de Ramón Gómez de la Serna. Eficaz propagandista del falangismo. Miembro de honor de la corte literaria de José Antonio Primo de Rivera. Amigo de Ridruejo, que tanto le quiso. Y de Eugenio Montes. Y de José María Alfaro. Y de Ernesto Giménez Caballero. Y de tantos otros: Federico García Lorca, Max Aub, Jardiel Poncela, Concha Espina... Valenciano afincado en Madrid tras el éxito y premio de su cuento Sencillo dios (1926) por el diario El Liberal, al transplante de su tierra, como hicieron tantos levantinos: Luis Vives, San Vicente Ferrer, Sorolla, Benlliure o el mismísimo Vicente Blasco Ibáñez.

Amante de su tierra, Ros nunca valencianeó, pero nunca olvidó (Martínez, 2019). Enamorado del cine, actor de pequeñas piezas - *Esencia de verbena* (1930); *Los judíos de patria española* (¿1931?) -, impulsor del cineclub en Valencia y responsable de algunos puestos del escalafón administrativo, le debemos el haber permitido que la estrella y el galán se besasen en determinadas circunstancias, hasta entonces absolutamente prohibido (Masoliver, 1976). Curiosidades. Pasó a la posteridad con un Premio Nacional de Literatura (1943). Inédito.



A Samuel Ros me lo presentó Dionisio Ridruejo. Andaba yo en aquella época enamorado de sus poesías y quise saber más sobre obra y personaje. En el hoy edificio de la Biblioteca Pública de Valencia Pilar Faus, que nosotros llamábamos entonces biblioteca de la calle Hospital, encontré varias de sus obras en prosa. En *Casi unas memorias* hablaba de un buen amigo suyo, “de rostro moreno, nocturno, alunado (moreno de verde luna), con fuertes rasgos semíticos y pupila negra” (Ridruejo, 1976), camarada falangista, grandísimo escritor que había sufrido una grave desgracia personal. Poco tardé en descubrir que era de origen valenciano, lo que acrecentó, más aún si cabe, mi interés por la persona. A partir de ahí leí todo de y sobre Samuel Ros Pardo.

Pasión solitaria que no hubiera excedido del ámbito privado si el Ayuntamiento de Valencia no hubiera retirado en 2017 su nombre del callejero de la ciudad previo informe del *Aula d’Història i Memòria Democràtica de la Universitat de València*. Conferencias, programas de radio y documentos audiovisuales se generaron para dar a conocer al escritor y evitar la retirada de su calle concedida en 1962 por el alcalde Adolfo Rincón de Arellano. Calle importante, pues enlazaba la Avenida del Puerto y la Avenida de Francia, dos de las principales arterias de la ciudad. Cercana a la emblemática Ciudad de las Artes y de las Ciencias, referente turístico de la ciudad. No cesa hoy esa “batalla cultural”. El Grupo Municipal del partido político VOX, en la persona de su concejal José Gosálbez, con asesoramiento del que suscribe, propuso que el escritor formase parte de la ruta de personajes ilustres del llamado Museo del Silencio al encontrarse enterrado en el panteón familiar sito en el Cementerio General de Valencia.

La urbe valenciana tiene una deuda contraída con el escritor. No dudo que los valencianos devolveremos lo injustamente retirado a su lugar. Es curioso que ninguno de los tres Premios Nacionales de Literatura valencianos tenga su nombre en el callejero de la ciudad. Pero de entre ellos, y esto es una afirmación personal, fundamentada ante quien me lo pida, es el más nuestro.

A partir de todo ello tuve la inmensa suerte de conocer a las nietas de Vicenta Ros Pardo, hermana de Samuel. Poco a poco pusieron en mis manos fotografías, cartas, documentos inéditos, jamás vistos ni publicados y que serán ofrecidos al gran público en futuros proyectos editoriales. Su empeño por recuperar para la cultura española a su familiar es encomiable.

La desgracia a la que se refiere Ridruejo es la muerte de Leonor Lapoulide, amor infausto del escritor valenciano. Falto de consuelo por el drama íntimo de la temprana pérdida crea y publica *Los vivos y los muertos* (1937, 1941), magnum opus del escritor que ha comprendido tarde que cuando algo se extravía, la melancolía se desborda si el objeto perdido es uno mismo. Ni Ros ni nadie está acondicionado para que un día no exista aquello en que creía, sobre todo si es ahí donde tanto existió... ¿No encontramos en ella ecos sinceros que nos recuerdan a *Una pena en observación* (1961) de C.S. Lewis, *Señora de rojo sobre fondo gris* (1991) de Miguel Delibes o, más recientemente, a *La peor parte* (2019) de Fernando Savater? Ella está presente. ¡Presente! Presente es expresión rosiana; expresión según la cual la memoria vence a la muerte. Fue epifanía que tuvo ocasión de crecer en el pecho, como un amor, para contar la historia del traslado de los restos de José Antonio, el joven César, desde Alicante a El Escorial y reflejarlo, junto a Antonio Bouthelier, en *A hombros de la Falange. De Alicante a El Escorial* (1941). 467 km, noche y día...

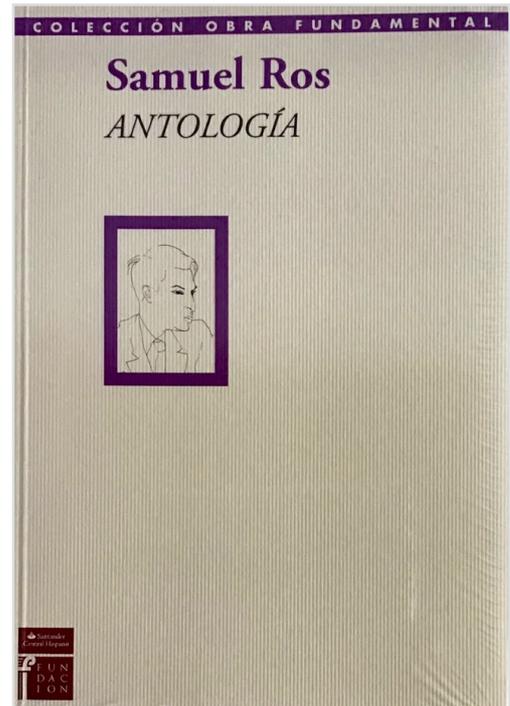
En 2002 la Fundación Banco Santander Central Hispano publica una Antología, prologada por Medardo Fraile (que ya había escrito *Samuel Ros (1904-1945). Hacia una generación sin crítica* (1972), síntesis de su tesis doctoral sobre nuestro autor) que recomiendo siempre para introducirse en el conocimiento del universo del escritor. Recoge una selección de gran parte de su creación cuentística: *Sencillo dios* (1926), *Bazar* (1928), *Marcha atrás* (1931), *Cuentos de humor* (1940), *Cuentas y cuentos* (1942) y *Con el alma aparte*, obra inédita, jamás publicada, que le daría el Premio Nacional de Literatura; su mejor novela, *Los vivos y los muertos* (1937, 1941); su obra teatral más reconocida *En el otro cuarto* (1940) y un buen número de artículos periodísticos.

Quedan fuera de la publicación su primera novela juvenil, *Las sendas* (1923), hoy inencontrable y que pude leer y conseguir una copia digital gracias al buen hacer

y talante de las nietas de Vicenta Ros Pardo. Tampoco *El ventrílocuo y la muda* (1930) y *El hombre de los medios abrazos* (1932), reeditadas en los años 90 del pasado siglo y algunas otras obras menos conocidas como *Meses de esperanza y lentejas* (1939). Tampoco *A hombros de la Falange. De Alicante a El Escorial* (1941).

Diversas publicaciones posteriores reflejan de nuevo el interés por el escritor (interés compartido hacia otros autores de su perfil ideológico: Luys Santa Marina, Dionisio Ridruejo, Luis Rosales o Rafael Sánchez Mazas, entre otros). Tesis doctorales (Prats, 2005), biografías (Martínez, 2015, 2019), estas últimas no bien recibidas por la familia, o innumerables artículos que jalonan medios escritos o Internet van aportando datos y visiones de distintos autores.

No debemos olvidar las fuentes de las que beben la mayoría de estas publicaciones y que siguen siendo imprescindibles para acercarnos a la figura de Samuel Ros: las ya comentadas de Medardo Fraile o la *Antología de Samuel Ros (1923-1944)*, de su cuñado el doctor Carlos Blanco Soler, escrita en el lejano 1948, en la que consideraba que Samuel encarnaba la figura del “verdadero poeta que espera que le pidan auroras para fecundar los crepúsculos”.

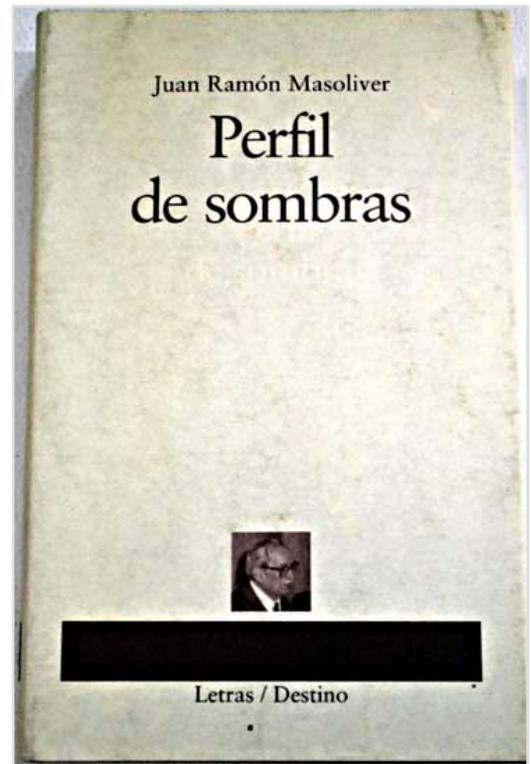


Recuperar a Samuel Ros Pardo para los valencianos en particular y los españoles en general amén de que las nuevas generaciones, especialmente de bachilleres y universitarios, lo conozcan y lean, es el reto. ¿No se ha representado, por ejemplo, su obra teatral más conocida en el V Festival Nacional de Teatro Escolar en Español de las secciones bilingües de la República Checa? Nuestro sistema educativo debería replantearse qué lecturas se ofrecen a nuestros estudiantes.

Mucho que contar. Centenares de páginas, imágenes y documentos se agolpan en mi ordenador. Pero he de terminar, y lo hago agradeciendo a las nietas de Vicenta Ros Pardo el haberme permitido entrar en su privacidad y revisar todo lo que de Samuel guardan con celo familiar. Pronto, con la ayuda de Dios, aparecerán una serie de trabajos que espero, dado el esfuerzo y los años de dedicación, sean del agrado y del interés de los lectores. Esperanza, por la cantidad de personas y entidades que se han dirigido a mí con interés por el escritor y por la adquisición de las futuras publicaciones, las tengo todas intactas y día a día es más apasionante.

Como sucedía por aquellos años, también en aquel escándalo literario T. S. Eliot y Ezra Pound no se habían privado de intervenir y azuzarlo. Los ecos, amortiguados, llegaron a España. La recién estrenada Revista de Occidente, que Juan Ramón Jiménez con su perfidia afilada había rebautizado Revista de Desorientación, publicaba una notable reseña de Antonio Marichalar. En 1926 la revista *Nóos* ofrecía la traducción en gallego de un fragmento realizado por Ramón Otero Pedrayo. Josep Pla también daba noticias del libro de Joyce en Cataluña. En 1929 salía la traducción al francés revisada por Valéry Larbaud, mientras se iba produciendo el éxito publicitario del contrabando de tiradas clandestinas, secuestradas y quemadas en USA, donde, como el alcohol en aquellos felices 20, también la obra de Joyce había sido prohibida por obscena e inmoral.

Entretanto un jovencísimo Juan Ramón Masoliver (1910-1997), pariente de Luis Buñuel, fascinado por el Surrealismo, en relaciones con *La Gaceta Literaria* de Ernesto Giménez Caballero, inquieto y con temprana comezón aventurera, ponía en marcha en su pueblo de Vilafranca la revista *Hélix*. En su número 9, precedido por un ensayo sobre la obra de Joyce a cargo de Lluís Montanyà, amigo de Salvador Dalí, también publicaba la traducción de un fragmento uliseico firmado por un misterioso M. R., cuya identidad revelaría sesenta años más tarde el propio Masoliver en *Perfil de sombras* (1994), una colección de los artículos de toda una vida que conformaban una singular autobiografía: «Desde hacía tiempo nuestro amigo y seguro nauchel en cualquier singladura intelectual, mosén Manuel Trens, de Vilafranca, nos traía y nos cantaba no pocos pasajes de la edición de 1927; la inglesa, por supuesto [...]. Ni que decir tiene que el doctor Trens no quería firmar aquella primera versión catalana. Las razones son obvias. A lo sumo, transigió con unas iniciales, ni siquiera las suyas (y con absoluta ingenuidad la T del apellido tuvo que cambiársela por la R de Railways)».



Mn. Trens, liturgista e historiador del arte, fundador en 1939 de la revista *Ars Sacra*, según quienes lo conocieron un dandi, fue lo más parecido a un abate francés del siglo XVIII que a este lado del Pirineo podamos imaginar. Rodeado de jóvenes surrealistas, debió de disfrutar de lo lindo traduciendo unas pocas páginas como una de esas travesuras de sacerdote culto. En la Biblioteca Pública Episcopal del Seminario de Barcelona se conserva el ejemplar de su legado. Hace unos años lo consulté. Exquisitamente conservado, todavía de una tersa rugosidad, podía uno imaginar a su propietario con un abridor repujado separando las hojas con un preciso y exacto gesto de muñeca. Mn. Trens había leído unas trescientas páginas. El resto del volumen permanecía intonso.

Pero a Masoliver no le bastaba esa sedentaria elegancia. En plena combustión, lio los bártulos y se plantó en París frente a Joyce a quien hizo entrega de un ejemplar de la revista. Entre las pocas publicaciones españolas que formaban parte de la biblioteca personal del escritor irlandés, que custodia ahora la Universidad de Buffalo, continúa impertérrita la traducción de M. R.

En todo caso, a partir de los años 30 se inicia el periodo de aventurero literario de Masoliver que, a través de diversas fases, dura unos veinte años. Sònia Hernández Hernández ha reconstruido esa etapa de juventud primero en París (1930-1931) y luego en Rapallo (1931-1936), donde acaba de perfilar su formación como lector de español en la Universidad de Génova y sobre todo alrededor del círculo que tenía por centro la figura de Ezra Pound. Sin el autor de los *Cantos* es imposible entender no ya las afinidades políticas de Masoliver que le llevaron a afiliarse a Falange Española, sino el interés sostenido por la poesía italiana de ese milagroso Renacimiento que se produjo entre el Duecento y los stilnovistas.



Conectado con Dionisio Ridruejo, con quien colaboró en la Delegación de Prensa y Propaganda durante la guerra civil, todavía por unos años mantiene su energía aventurera cubriendo como corresponsal de guerra para *La Vanguardia* algunos focos de conflicto en Jordania y los Balcanes. Pero a Masoliver le pasa lo que a otros literatos de adscripción falangista. Enseguida se desentienden —relativamente— o son desentendidos del Régimen triunfante. Al final, por razones políticas, literarias o familiares muchos de ellos acaban replegándose. Es cierto que sus peculiares “ermitas” combinaban más los aires de cuarteles de inviernos, como en el caso más puro de Rafael Sánchez Mazas, con las diversas graduaciones de un cuartel

de operaciones. Masoliver dejó transcurrir todavía algunos años como director de la Academia de Bellas Artes de Roma (1945-1953) antes de decidir acogerse a su villa familiar de Vallençana en Montcada y Reixach. A fin de cuentas, «com el Vallès no hi ha res».

Sería injusto atribuir a Masoliver la condición de aventurero como Ortega se la aplicaba a Alonso de Contreras. Masoliver siguió siempre una vocación clara. En él la reflexión y la actividad eran apenas distinguibles. A su manera se esforzó por sintetizar la comparación orteguiana: «los aventureros son partidarios de la acción por la acción, como hace años poetas y pintores lo eran del arte por el arte». Sabía muy bien que el pensamiento literario es sólo una dimensión de la literatura. La otra es la actuación. Por ello, había alternado con Joyce y Pound de joven como en su madurez quiso promover, entre otras iniciativas, los Premios de la Crítica. Convirtió la acción en literatura para hacer de ella otra aventura.

Seguiremos así en deuda secreta con su singular trayectoria, aunque fuera por su mítica edición en la editorial Siruela, deliciosa y absurda a la vez, del Cancionero del amigo de Dante, el poeta Guido Cavalcanti (1258-1300). Sus criterios de transcripción del texto italiano y de traducción ponen a prueba, hasta quebrarla, cualquier paciencia filológica. Pero al leer sus versiones se produce el extraño milagro de sentir en los labios el aire salino de la costa ligur, como si todavía Pound o el propio Masoliver, como seguros «naucheles», siguieran «cantando» ahora para nosotros aquellos versos.

El joven Pere Gimferrer en “Mazurca en este día” podía preguntarse ante la muerte de Kublai Khan «Dios, ¿qué fue de mi vida?», mientras imaginaba a Vellido Dolfos deslizarse barbacana abajo entre las murallas de Zamora y los brocados de Florencia a través de los claustros de la Universidad charolados por la lluvia. Y Antonio Colinas, como un Aschenbach viscontiniano, podía sentir la obligación de espiar en Venecia el paso fugaz de la vetusta sombra de Pound «en esa callejuela con macetas, / sin más salida que la de la muerte». Arda el mar o se custodie su sepulcro en Tarquinia, Masoliver vivió y leyó —lo aspiró— todo antes, a su tiempo.

6

“Hunos y otros”

Andrés Trapiello para El Mundo

Cuenta Max Aub en uno de sus Campos esta historia tremebunda. Unos milicianos van a buscar a un hombre, denunciado por fascista, para darle el «paseo». En el coche este les dice: «Sé que me vais a matar, y quiero pedir os un favor. Cuando

acabéis volved a mi casa. En tal sitio guardo el recibo de un préstamo que he hecho a un buen amigo. Rompedlo. No quiero que mi mujer, que no sabe nada, se disguste por eso». El que mandaba da la orden de volver, recoge ese papel y parten de nuevo. Al rato le dice: «Baja del coche, estás libre. Te ha denunciado tu amigo; se ve que no quería devolverte el dinero»; los milicianos van a la casa del denunciante, y esa misma noche lo «pasean».

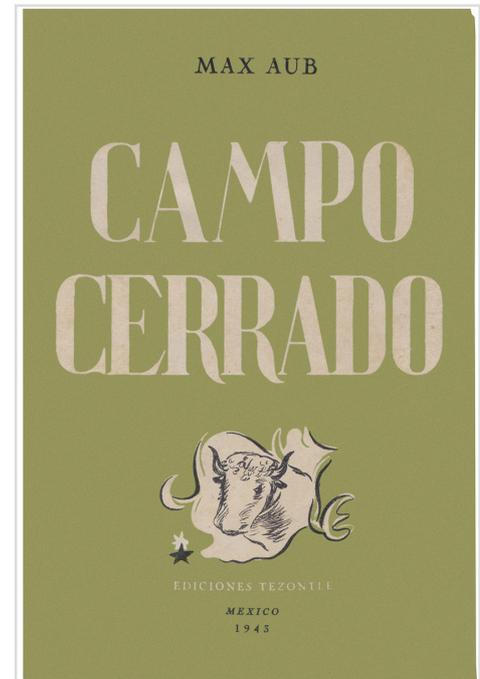
Historias como esta hay en el libro de Pedro Corral, *Vecinos de sangre, a montones*. Las de Corral son tan reales que los no-pasarán anonadan tanto como anonadarían después los ya- hemos-pasao.

Se han publicado recientemente dos libros y medio relacionados con el terror y la guerra civil: este de Corral; el de Álvarez Junco *Qué hacer con un pasado sucio* y, el medio, el de Paul Preston *Arquitectos del terror*.

Vale la pena leer los dos primeros. Y el de Preston ya se lo resumo yo aquí en un par de líneas. Corral (de derechas) y Junco (de izquierdas) abordan el asunto con ecuanimidad y decoro intelectual.

La investigación de Corral es novedosa, apasionante. La realidad lo es siempre. Ha ido calle por calle, casa por casa de Madrid, desempolvando en los archivos miles de denuncias que partieron de los porteros de los inmuebles durante la guerra civil, y después, tras la entrada de los franquistas en la capital, las denuncias contra esos mismos porteros de quienes se consideraban sus víctimas. Detrás de esas denuncias hay venganzas y ajustes de cuentas miedo. ilusiones revolucionarias, odio de clase y razones ideológicas: entre ocho mil y catorce mil «paseados» en la capital en los primeros meses de la guerra. Días hubo de doscientos cadáveres en parques, jardines y desmontes. Y después de la guerra igual: sólo en Madrid fueron procesadas por los franquistas casi trescientas mil personas, de las que fusilaron a casi tres mil entre 1939 y 1944 de las cuarenta mil en toda España.

El gran escollo sigue siendo este, el acuerdo pendiente: ¿quiénes fueron los responsables? Álvarez Junco prosigue el trabajo iniciado por Santos Juliá, Fusi y otros. Su investigación bucea en las fuentes de la secular violencia política española desde el siglo XIX. Asume los errores y crímenes de la izquierda de la revolución de octubre de 1934, golpe menos señalado que el del 36 solo porque no triunfó, hasta las sacas de noviembre de 1936), al tiempo que recuerda las penosas condiciones en las que vivían el campesinado y proletariado españoles, peor tratados a menudo que las jacas de los



señoritos o los hispano-suiza. Y, claro, la represión sin piedad desatada por Franco desde 1939 hasta 1948, año en que este levantó el estado de guerra, solo después de que el Pce desmontara sus guerrillas del monte y del llano (y acaso debiera incluir Alvarez Junco en próximas ediciones el pasado sucio de un Pce que envió al matadero a miles de maquisardos, al tiempo que ordenaba asesinar a decenas de sus propios camaradas, sospechosos de «provocación»: sin pruebas ni juicios justos, solo faltaba)

El escollo, decíamos. La tesis de la izquierda, que Junco sostiene no sin reservas, es esta: allí donde no triunfó la rebelión franquista desapareció el Estado, por tanto el terror rojo se produjo donde no hubo Estado, o sea, difícil pedirle responsabilidades a la República, al contrario que el terror azul, que fue sobre el que se edificó el franquismo. Corral aporta, sin embargo, no dos o tres, decenas de pruebas en las que son las autoridades e instituciones republicanas (no siempre radicales) las que están detrás de muchas de las denuncias de funcionarios, vecinos y gentes cuyos cadáveres aparecerán en parques, jardines y desmontes, sin contar lo del asalto de la Cárcel Modelo o la solución final de Paracuellos.

Y el medio libro de Preston... El otro medio es un libelo. Su tesis: solo hay un responsable: Franco. De todo. Escoge seis personajes para explicarlo mejor. ¿Arquitectos? La mayoría de ellos, como Mauricio Carlavilla (némesis intelectual de Preston), ni albaniles. Dementes, desde luego, pero poco relevantes en la estructura política e ideológica del nuevo Estado. Ni Pemán (del que Preston hace, como no, medio retrato). Al fin y al cabo, como tantos otros, Preston considera que las responsabilidades de los vencidos quedaron saldadas con la derrota. Explicar el terror franquista sin tener presente el terror rojo es igual de absurdo que contar el golpe del 36 sin tener en cuenta el del 34. No se trata de justificar, sino de entender, algo difícil. Tal como hicieron Chaves Nogales o Unamuno cuando les tocó hablar de hunos y hotros. Corral y Junco tratan de entender. Preston, paradójicamente, solo quiere justificar a los hotros hablando perrerías de los hunos. Como Carlavilla, se debe a su público.

7

Justina Rodríguez de Viguri, la primera mujer falangista

Juan Manuel Cepeda para El Debate

Justina nació el 27 de octubre de 1914 en Tetuán (Marruecos) en el seno de acomodada familia de la alta burguesía, su padre fue por unos pocos días ministro de Fomento con Alfonso XIII y luego ministro de Economía en la dictadura del General Berenguer.

Curiosamente José Antonio Primo de Rivera, el que sería el Jefe Nacional de Justina en Falange, tuvo años antes un gravísimo y violento percance con su padre, Luis Rodríguez de Viguri, cuando en 1930 y en una Junta del Colegio de Abogados de Madrid a la que asistía José Antonio, Luis el padre de Justina, se refirió a D. Miguel, el padre de José Antonio, relacionándole con la entonces famosa mujer apodada «La Caoba», una prostituta a la que tildaba como amante del general Primo de Rivera y al que acusaba de presionar a un Juez para librarla de un proceso judicial incoado en su contra, manifestaciones todas vertidas por el padre de Justina de forma pública y en presencia del propio José Antonio.

Ante estas frases injuriosas, Primo de Rivera absolutamente encolerizado, saltó por encima de dos filas de butacas de la sala abalanzándose contra Luis Rodríguez de Viguri cuando todavía se encontraba en el uso de la palabra, y propinándole dos bofetones en la cara a la vez que le retaba a duelo con pistolas, y todo ello en presencia de numerosos abogados que se encontraban asistiendo a la Junta.

Ambos contendientes, siguiendo la costumbre de la época, nombraron a sus respectivos padrinos, y uno de ellos, Antonio Maura, consiguió convencer a José Antonio de que desistiera de su empeño evitando de esa manera el duelo. Maura ha dejado escrito que José Antonio le dijo: «Tengo que darte las gracias, pero nunca te perdonaré que me hayas impedido agujerearle la tripa a ese ciudadano».

Pues bien, Justina en 1931 se matriculaba en la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, ya entonces era una patriota con un enorme sentido de lo social, al poco tiempo entró en contacto con los redactores de La Conquista del Estado, y en la Facultad consiguió alistar para esas primeras JONS femeninas a otras dos estudiantes, Carmen Rico y María Dolores Galvarriato, que años después serían junto con Mercedes Fórmica el núcleo fundador femenino del Sindicato Falangista de Estudiantes, el SEU.

Como en las primitivas JONS en un principio no se aceptaba la militancia de mujeres, Justina fue afiliada por dos de los primeros jonsistas, Diego Aparicio y Sinfiriano Guerrero, utilizando la estratagema de darle de alta con el nombre de «Justino», pero al poco tiempo Ramiro Ledesma se enteró de la situación y no solo modificó la regulación legal de las JONS para que pudieran entrar mujeres, sino que designó a la propia Justina como Jefa de la sección sindical estudiantil femenina de las JONS, en la Universidad de Madrid.

En el momento de la fusión de las JONS con la Falange de Primo de Rivera, Justina y su grupo de muchachas jonsistas entraron en la nueva organización y ello a pesar de que José Antonio había abofeteado a su padre retándole a duelo.

Justina es nombrada delegada del SEU en la Facultad de Filosofía y Letras, en la que estudiaba junto con Alejandro Salazar, Eduardo Ródenas y otros falangistas que luego asumirían cargos de máxima responsabilidad en la Falange, siendo también designada Consejera Nacional del SEU, asistiendo en tal condición a todos los consejos del sindicato falangista.

El propio Primo de Rivera le ordenó que confeccionara el nuevo reglamento del SEU, siendo Justina una de las fundadoras del sindicato, así como una de las más comprometidas activistas del mismo. Al estallar la Guerra Civil, Justina logró escapar del Madrid rojo realizando durante toda la contienda labores de información para la Falange.

En 1937 el padre de Justina, que en las últimas elecciones había salido diputado por el Partido Agrario, fue condenado por la justicia franquista en un consejo de guerra a la pena de 12 años de prisión, al ser acusado de criticar al Régimen lanzando improperios tales como que «Queipo de Llano y otros generales eran unos

m a m a r r a c h o s », posteriormente solo cumplió la mitad de la pena, es decir, seis años, y ello a pesar de que cuatro de sus hijos varones eran militares combatiendo en el bando franquista y de que su hija Justina tenía una cierta relevancia en la Falange.



Esa circunstancia, años después permitió a Pilar Primo de Rivera, como Jefa de la Sección Femenina de Falange, atacar a Justina que ya entonces reivindicaba a la auténtica y primitiva Falange en contra del nuevo esperpento azul nacido como consecuencia del Decreto de Unificación de abril de 1937. Además, al acabar la guerra, Justina había conocido en el primer Consejo Nacional del SEU de posguerra al que sería su esposo, Narciso Perales, fundador y Palma de Plata de la Falange sevillana, uno de los más bravos activistas de la Primera Línea de la Falange de preguerra. Prácticamente durante todo el franquismo Justina acompañó a Narciso en su labor de oposición al general Franco, al reivindicar el verdadero contenido revolucionario de la Falange de José Antonio.

Una vez muerto Franco y al fundarse FE de las JONS Auténtica, Narciso Perales fue nombrado tercer Jefe Nacional histórico de la Falange, por detrás de José Antonio y Manuel Hedilla. Justina también militó en esta nueva Falange que se consideraba heredera de la primitiva fundada por José Antonio que fue el intento de recuperación de aquella Falange limpia y revolucionaria de José Antonio y de Ramiro.

No puedo por menos que recordar a Justina en su casa familiar del barrio madrileño del Niño Jesús, cuando fumando cigarro tras cigarro, fumadora empedernida, hablaba con jóvenes militantes universitarios de la Auténtica, esperando a que llegara Narciso a su domicilio.

Justina Rodríguez de Viguri y Gil fue la primera mujer nacional-sindicalista, la primera mujer que lanzó el mensaje de la nueva España en la universidad; en definitiva, comprometida con la causa de la revolución española hasta su muerte en 1989.

8

Biografía no autorizada del PNV (Fernando Vaquero Oroquieta)

José Luis Orella para El Debate

El Partido Nacionalista Vasco se denomina en euskera Euzko Alderdi Jeltzalea, que literalmente dice «Partido de los simpatizantes de JEL», sigla que a su vez significa «Jaungoikoa eta lege zaharra», es decir, «Dios y Ley Vieja». A pesar de tan elocuente denominación, el PNV es un moderno partido muy secularizado, desarraigado de sus orígenes católicos, cuando no integristas, y perteneciente hoy, en consecuencia, al Partido Demócrata Europeo que agrupa a diversos partidos nacionalistas de diversas regiones como Occitania, Flandes, Córcega, etc., así como a otros socio-liberales.

Efectivamente, mucho ha cambiado el PNV desde sus inicios hasta nuestros días. Pero no sólo en lo que respecta a sus referencias doctrinales, sino también en el ejercicio y alcance de su poder real. De ser un pequeño partido inicialmente recluido en Vizcaya, para la que los hermanos Arana diseñaron la célebre ikurriña que hoy alcanza naturaleza de estatalidad, ha devenido en una formación decisiva en la estabilidad de buena parte de los gobiernos populares y socialistas de las últimas décadas.

Nació en una época en que el foralismo vasco y navarro se mostraba muy agitado ante unos gobiernos de maneras centralistas. Pero muy pronto lo desbordó para establecer como objetivo último la secesión y la creación de una Nación Vasca que agrupara todos los territorios, franceses y españoles, en los que se hablaban los diversos dialectos euskéricos que hoy han convergido en el batúa.

Por razones tácticas, los jeltzales pactarían con los tradicionalistas vasco-navarros en diversas circunstancias. No obstante, con los años, los convertirían en sus mayores enemigos a los que desplazar y eliminar. De hecho, sus últimos supervivientes serían asesinados por los terroristas de ETA ante la indiferencia jeltzale.



El PNV aprovechó la guerra civil para establecer una efímera República Vasca que, entre otros episodios, contempló los asesinatos de presos derechistas de las prisiones bilbaínas en enero de 1937 y los pactos de Santoña que pretendieron una rendición unilateral ante los fascistas italianos al margen del Gobierno de Burgos. Una verdadera traición, según los sentimientos e intereses frentepopulistas de entonces.

El franquismo sometió al nacionalismo vasco a una presión muy inferior a la ejercida sobre socialistas, comunistas y anarquistas. De hecho, durante años sus analistas políticos y policiales no llegaron a captar la naturaleza e intenciones reales de aquellos jóvenes estudiantes que, situados en la periferia de los veteranos gudaris y jeltzales, ante su incapacidad de entonces, organizaron primero Ekin y muy poco después

ETA.

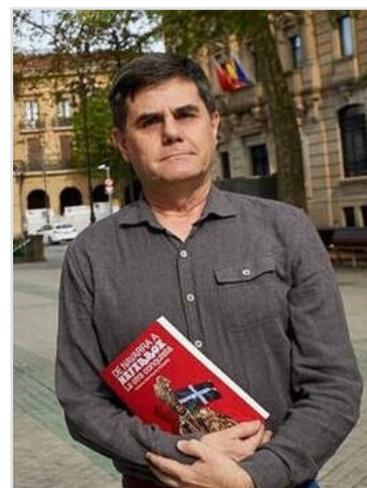
La Transición fue testigo de una rápida reorganización del PNV, quien pronto alcanzó importantes objetivos de autogobierno, a pesar de su abstención ante la Constitución Española.

Hoy día, el PNV mantiene el control del Gobierno Vasco y de la mayoría de ayuntamientos, mancomunidades y demás instituciones públicas vascas. Y de muchas navarras, en extraña coalición con socialistas, podemitas y apoyos regulares de la autodenominada izquierda abertzale. Sin embargo, el miedo recorre sus filas ante una más que plausible coalición entre EH Bildu y los socialistas vascos que pudiera desbancarles de su privilegiada posición en un futuro inmediato.

En este contexto, es del máximo interés una apretada crónica, como la que nos presenta Vaquero Oroquieta, de este partido tan relevante en la historia de España. Así, el autor realiza 25 catas a su historia, ofreciendo una visión panorámica de su evolución y sus complejas vicisitudes. Y no elude episodios polémicos. Sin calificativos ni aspavientos, con la frialdad de un cirujano experto, despliega al lector de esta incómoda biografía, un aluvión de hechos, fechas y nombres.

De ahí que podrá encontrar no pocas referencias al racismo casi zoológico de sus fundadores, su inicial integrismo, la participación de los jeltzales navarros y alaveses en el Requeté en julio de 1936, los cientos de asesinatos perpetrados en las prisiones vizcaínas del Gobierno Vasco al año siguiente, los pactos de Santoña, sus sorprendentes contactos con los nazis en Francia a la vez que tejía una red de espías al servicio de las potencias anglosajonas, sus ya mencionadas relaciones con ETA, la inhumana política del «árbol y las nueces», su fría equidistancia moral ante las víctimas del terrorismo, sus numerosos episodios de corrupción económica...

El autor estudia también al precursor protonacionalista francés Joseph Augustin Chaho, a sus fundadores Sabino y Luis Arana, el lendakari José Antonio Aguirre y Telesforo Monzón, Federico Krutwig e Iñaki Múgica Arregui, Xabier Arzalluz y Joseba Azkarraga. Pero también a quien fuera contrapunto de todos ellos: el añorado Joseba Arregi.



De igual modo, el autor participa en la deconstrucción de algunos de los mitos nacionalistas, caso de las recientes falsificaciones arqueológicas de Iruña-Veleia; pero también el invento, por Sabino Arana, de la inexistente batalla de Padura. Y expone, sintéticamente, el valor simbólico que jugó en su cosmovisión, durante varias décadas, las hoy universalmente denostadas esvásticas. Acaso como contrapeso de tales dislates, también nos habla de Zacarías de Vizcarra y Ramiro de Maeztu, autores intelectuales de la Hispanidad.

Señalemos, finalmente, que, si bien no pretende desvelar secretos inéditos, rescata sintéticamente los episodios más significativos de la procelosa historia de un partido tan controvertido como poderoso.

Este volumen será el primero de una trilogía que contemplará, en el segundo, a la izquierda abertzale de ETA y, en el último, a la «construcción nacional vasca» en Navarra. Una buena idea, pues el nacionalismo vasco es uno, tanto en sus orígenes, como en sus anhelos último

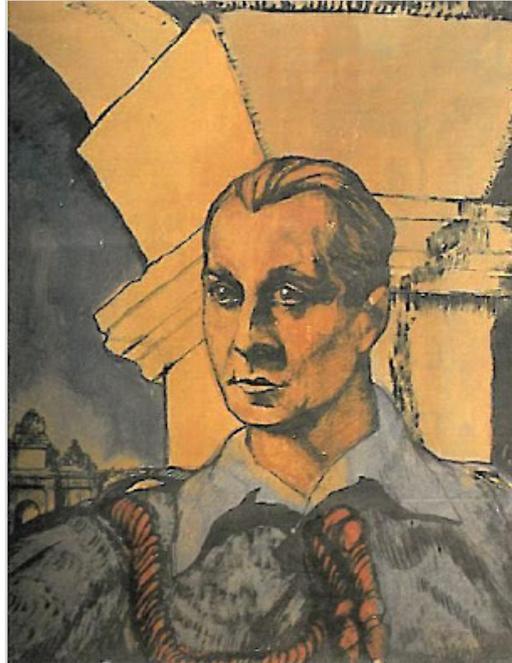
El periodista y escritor Pedro Corral, uno de los autores más destacados por su capacidad de descubrir visiones inéditas de la Guerra Civil Española ha presentado su nuevo libro y , ha reunido en esta investigación exhaustiva sobre quince mil testimonios de porteros, vecinos o comerciantes, centenares de historias de aquellos que vivieron a pie de calle el conflicto. Una obra, renovadora y excepcional, que recorre una geografía de Madrid punteada de miedo y violencia, pero también de coraje y humanidad por parte de españoles de ambos bandos. En definitiva, un homenaje a la generación que vivió y sufrió la contienda y que supo cerrar aquellas heridas con inmensa generosidad.



Vecinos de sangre se construye a través del estudio de los relatos de los madrileños en cada portal, escalera o casa de la ciudad. Esos testimonios muchas veces dan lugar a que el autor indague en hechos desconocidos, que van desde lo más escalofriante a lo más enternecedor, sobre la derrota del golpe militar, las checas, la persecución religiosa, las matanzas de presos gubernativos, los bombardeos franquistas, el hambre, la Quinta Columna o las incautaciones.

Así, el autor ofrece numerosos capítulos inéditos de la Guerra Civil en Madrid, como es la represión republicana contra los porteros, la valerosa actuación de la policía gubernamental para frenar los atropellos de las milicias, la ejecución de una gran redada por toda la ciudad para detener a militares retirados o la revelación de sacas de presos de las cárceles nunca contabilizadas. El libro también incluye impresionantes relatos sobre la solidaridad y la humanidad entre personas de distintos bandos, y sobre el coraje y el sacrificio de quienes arriesgaron su vida por defender la del prójimo a pesar de su distancia ideológica, al lado de estremecedores testimonios sobre quienes dieron rienda suelta a sus más bajos instintos. Una mirada a pie de calle sobre la contienda que ofrece una perspectiva insólita, la de los Vecinos de sangre.

Luys Santa Marina

**JOSÉ ANTONIO**

**Ansiabas —el tiempo huye— sotos verdes,
sonrisa en la soleada piel de toro,
y dado lo mortal, última siembra,
surgieron los humanos lirios tiernos,
prefigura de bosques rumorosos,
que balbucean o repiten claro
—soto inmortal— tu nombre que es el suyo.**

(Publicado en *Solidaridad Nacional*, 20 de noviembre de 1945).

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores. Para cualquier comunicación sobre este boletín o para recibirlo periódicamente en su buzón puede dirigirse a fundacionjoseantonio@gmail.com